

Reflexiones en torno a la primera profesión de Joseph Conrad

Julio B. Fuentes Bobo
I.B. Lucía de Medrano, Salamanca

ABSTRACT

The author of this article first refers to the influence of Joseph Conrad's seamanship on his sea novels and then examines thoroughly the writer's personal circumstances such as his motives for going to sea, and the inevitable clash of his refined manners and education, as well as his sensitivity, with the predominant vulgarity on board ship. The article goes on to point out the young seaman's disappointment on finding far more monotony than romanticism in life at sea, and to suggest the writer's sublimation of his thirst for adventures as a basis for his literary creativity. Finally the author discusses other aspects of Conrad's life such as his attitude to the sea and ships and his love of seafaring.

La cualidad más conspicua de este escritor es sin duda la originalidad. Y esta cualidad, que se muestra en diversos aspectos de su vida y su obra, se hace especialmente patente en el hecho insólito de haber llegado a figurar entre los clásicos de la literatura de un país cuyo idioma pronunciaba toscamente. Su condición de marino contribuye también en cierto modo a alejarlo de la vulgaridad, si bien no era la primera vez que un representante de esta profesión ascendía las gradas de la inmortalidad en el mundo literario. Pero, sea por naturaleza o por las circunstancias específicas inherentes al ejercicio de su profesión, el navegante suele destacar más en las ciencias que en las letras, y esto en tal medida que los que sobresalen en éstas constituyen raras excepciones.

La insistencia con que voy a aludir a esta condición de marino de Conrad tiene su justificación en la considerable influencia ejercida por esta profesión en sus obras marítimas. En ellas tiene la mar un papel relevante: por una parte en un sentido real, con sus calmas, furias y veleidades; y por otra parte, en un sentido más figurado, representando las fuerzas elementales con las que el hombre ha de luchar tanto para sobrevivir como para acallar las voces que en su interior le recuerdan insistentemente su gran debilidad.

En cuanto a la vocación marinera del joven polaco, contamos con datos suficientes y significativos para deducir, dentro de un reducido margen de error, los verdaderos motivos que le impulsaron a abrazar tan dura profesión. No concurrían en él razones de tradición familiar, ni siquiera la familiaridad con las cosas y gentes del mundo marítimo, tan comunes entre los marinos. Tampoco las circunstancias históricas de su país guardaban relación alguna de semejanza con las que habían de darse muchos años

después, con ocasión de la segunda guerra mundial, en naciones neutrales como España donde, debido al fuerte incentivo representado por los pingües beneficios del transporte de armas a los países beligerantes, se registró la súbita afluencia de jóvenes de los rincones más insospechados del país a las escuelas de náutica. En cambio los motivos pura o principalmente románticos —generadores aún en nuestra época de tantas vocaciones marineras— debieron de pesar sustancialmente en 1874, cuando Conrad, habiendo vencido la fuerte oposición de su familia, hizo el largo viaje de Cracovia a Marsella para comenzar en esta ciudad mediterránea su vida de navegante. Si la literatura romántica ejerció alguna influencia en la ideología del joven polaco, no parece en cambio probable que en aquellos años de incipiente giro al realismo en Europa llegaran a sus manos libros escritos en el nuevo estilo, cosa que, por otra parte, difícilmente habría mitigado el hervor propio de su edad. (Años después, el realismo había de introducirse en cierta medida en la obra del Conrad adulto, coexistiendo singularmente con su romanticismo.) Además, sus circunstancias familiares debieron de influir no poco en la trascendental decisión. Hasta qué punto podría haber sido distinta su vida si no hubiese quedado huérfano, es una pregunta que no podemos menos de hacernos al llegar aquí. Y es posible que para ella no haya nunca una respuesta, pero el camino de las conjeturas no queda así cerrado, ya que el hecho de que tomara esa resolución —o la llevara al menos a la práctica— poco tiempo después de perder a su padre no carece de significación.

Si se consideran circunstancias tales como la tirantez de sus relaciones en aquel entonces con su tío y tutor Tadeusz Bobrowski, que no haya conocimiento de trato más cordial con el resto de sus parientes y —sobre todo— los sentimientos característicos de la adolescencia como son la rebeldía y el amor a la soledad, no podremos dejar de encontrar natural su ferviente deseo de romper violentamente lo que parecía un maleficio, y que este valor desesperado así alimentado le impulsara a abandonar su patria en pos de la aventura para aferrarse ávidamente a la soledad, esa inmensa soledad que —valga la paradoja— era la compañera inseparable del navegante.

Cabría formular una nueva pregunta, que es si no sufrió una fuerte decepción al hallar discrepancias entre la vida marinera tal cual era en realidad y la imagen que de ella había formado su fantasía juvenil. La respuesta no la da Conrad abiertamente, pero estimo que ha de ser afirmativa y puede deducirse de ciertas frases suyas, sin contar la comparación de circunstancias tales como su ambiente, sensibilidad y educación familiares, con el medio más o menos rudo que de seguro encontró en los barcos. Entre las frases a que acabo de aludir las hay muy significativas, como las contenidas en las siguientes líneas de *Lord Jim*:

After two years of training he went to sea, and entering the regions so well known to his imagination, found them strangely barren of adventure. He made many voyages. He knew the magic monotony of existence between sky and water: he had to bear the criticism of men, the exactions of the sea, and the prosaic severity of the daily task that gives bread (p. 14).

Dada su aversión a hacer confidencias —sus mismos recuerdos, publicados bajo el título de *A Personal Record*, no contienen confesión alguna sino episodios fundamentalmente imaginarios, y sus obras están entretejidas de realidad y fantasía— no parece muy aventurado afirmar que el autor del párrafo transcrito describe en él sus propias impresiones.

Por ironía del destino, este hombre, a quien la vida sedentaria inspiraba tristeza y hastío, hubo de tropezar con la monotonía de la vida de a bordo, que había concebido plena de lances gloriosos. En este sentido, es decir, en discrepancia con la opinión generalizada, Norman Sherry —uno de sus biógrafos— aporta pruebas esclarecedoras, aunque acepta la hipótesis de una existencia un tanto aventurera de Conrad con la consiguiente repercusión positiva en su obra. Entre dichas pruebas se encuentra la siguiente cita de *Within the Tides* extraída de una nota de autor:

... my life as a matter of fact was far from being adventurous in itself. Even now when I look back on it . . . its colouring wears the sober hue of hard work and exacting calls of duty, things which in themselves are not much charged with a feeling of romance.¹

Se infiere de lo expuesto que, aunque Conrad realizó sin duda parte de sus sueños juveniles, los largos años de navegación y desilusiones y la insatisfacción con los avatares normales de la profesión le llevaron a la sublimación de su sed insaciada de aventuras, fruto de la cual fue la creación literaria de esas mismas aventuras que habría querido vivir. Esto explica el hecho de que escribir llegara a ser necesidad y pasión en el Conrad adulto. La creación se basaba parcialmente en sus propias experiencias para episodios y personajes de obras marítimas pero no así para las terrestres, ya que, según decía él mismo, carecía de relaciones en tierra debido a la índole de su profesión.²

Coinciden sus biógrafos en considerarlo un marino convencido, prototipo de oficial de la marina mercante. Pero cuando se trata de calificar su actitud hacia la mar y los barcos encontramos mayor diversidad —e, incluso, disparidad— de criterios. A fin de aclarar conceptos tan fundamentales para la comprensión de un ser tan complejo, voy a tratar de analizar a continuación las afirmaciones que se han hecho al respecto.

Conrad, however intermittent was his personal devotion to the sea, was emotionally and imaginatively committed to an exalted sense of the seaman's vocation.³

Vista por J. I. M. Stewart, dicha actitud hacia la mar tiene un carácter ciertamente positivo: amor profundo, por más que éste sea —según este tratadista— intermitente. Más categórico se muestra M. R. Méliçon-Dubreil:

L'amour de Conrad pour la mer est une passion empreinte d'épouvante: il se sente capable de haïr tant de sauvage cruauté, tandis que son amour des navires est fait de confiance et de gratitude.⁴

Lo que, como puede observarse, se refiere por separado al amor a la mar y el amor a los barcos, al primero de los cuales atribuye una extraña complejidad. R. B. C. Graham se sirve por su parte de un símil que no por acertado arroja mucha más luz sobre la cuestión:

Conrad did not exactly love the sea. He saw its beauty —and yet feared its moods, in the same way as a man riding a half-tamed bronco is always on his guard.⁵

Finalmente, Richard H. P. Curle:

Conrad does not praise the sea as noble in itself, but praises its nameless attraction and the faithful ships that gird it from pole to pole.⁶

Menos explícito, como puede verse, que los anteriores.

Recapitulando, tenemos que en la actitud de este polaco universal hacia la mar ven sus biógrafos una pasión en la que se entremezclan el amor, el temor y el odio. Todo lo cual oscurece más que explica la naturaleza de una vocación. Pero tal vez el propio Conrad nos proporcione los datos que nos faltan:

. . . the task . . . whose only reward is in the perfect love of the work . . . there is nothing more enticing, disenchanting and enslaving than the life at sea (*Lord Jim*, p. 14).

Aunque no expresa aquí su actitud hacia la mar propiamente dicha, son significativos los adjetivos que dedica a la vida de marino, lo que —por otra parte— no es de extrañar, pues, para quien siente aversión por la vida sedentaria, una existencia en gran parte dependiente de los cambios del líquido elemento ofrece indudables alicientes. Parte integrante de ésta son, además de la mar, el buque y su tripulación. En cuanto al primero de ellos, se observa una actitud más simple de Conrad por tratarse de un medio más estable, y —como el lector de sus obras puede comprobar— invariablemente afectiva; y si estudiamos su actitud hacia los hombres de mar llegaremos a la conclusión de que es globalmente positiva. A la vista de lo expuesto, si consideramos la hipótesis de una persona que se entregue en cuerpo y alma a su trabajo a bordo —*the perfect love of the work*— y que se sienta unida por lazos afectivos al barco y a sus compañeros en él, pero profese un sentimiento de aversión hacia el entorno —es decir, la mar—, tendremos una situación intrínsecamente absurda, y ello por la importancia tanto cuantitativa como cualitativa de ese entorno.

Pese a todo, no pretendo rebatir categóricamente los asertos de los biógrafos respecto al amor y aborrecimiento de Conrad por un mismo objeto sino explicar del modo más racional posible lo que parece una total contradicción. Personalmente, me inclino a creer que este hombre, que buscó en vano el amor romántico de una mujer, transfirió inconscientemente el objeto de esa pasión —no exenta, por su misma naturaleza, de morbosidad— a ese ser tan bello como veleidoso, inanimado sólo por denominación, que es el océano. Y, visto así, amor y odio a un mismo ser, sea simultánea o alternativamente, son posibles.

No es tan sólo «un oficial de la marina mercante» sino el marino completo, que por méritos propios recorrió toda la escala jerárquica; y aunque su punto de vista cuando escribía solía ser el del oficial, la extensión de sus conocimientos confería autoridad indiscutible a sus palabras. Gracias a un profundo sentido ético llegó a experimentar el legítimo orgullo de ser estimado en su mundo profesional como un gran marino, tanto es así que no faltan quienes creen que para él tal prestigio era un galardón aún más alto que la gloria literaria.⁷ En este aspecto de la competencia náutica de Conrad podemos contar con la autorizada opinión de otro marino, el capitán J. G. Sutherland:

. . . that he was a great seaman there can be no doubt, and great seamen, like men great in other professions, are born, not made.⁸

No creo excesivamente arriesgado afirmar que cuando se retiró lo hizo muy a su pesar —treinta y siete años no debía de ser tampoco entonces demasiada edad para navegar—, y no es de extrañar que su nostalgia le indujera a idealizar un tanto la profesión a la que había dedicado su juventud. Habiendo navegado exclusivamente en

veleros y asistido a la desaparición de la navegación a vela, de seguro habría visto con disgusto la automatización actual en los barcos.

History repeats itself, but the special call of an art which has passed away is never reproduced . . . Whatever craft he handles with skill, the seaman of the future shall not be our descendant, but only our successor (*Mirror of the Sea*, p. 73).

Y en un panegírico a una generación de marinos inmediatamente anterior a la suya se refiere a las siguientes como *the grown-up children of a discontented earth*.

Notas

1. Norman Sherry, *Conrad's Eastern World* (Cambridge: Cambridge University Press, 1966), p. 3.
2. *Ibidem*, p. 5.
3. J. I. M. Stewart, *Joseph Conrad* (London: Longman, 1968), p. 61.
4. M. R. Méliçon-Dubreil, *La personnalité de Joseph Conrad* (Paris, 1943), p. 102.
5. Citado en Norman T. Harris, *Conrad: Short Stories: A Critical Commentary* (London: 1941), p. 8.
6. Richard H. P. Curle, *Joseph Conrad: A Study* (London, 1914), p. 78.
7. Véase André Maurois, *Magiciens et logiciens* (Paris: B. Grasset, 1935), p. 185.
8. Captain John G. Sutherland, *At Sea with Joseph Conrad* (1922), p. 102.